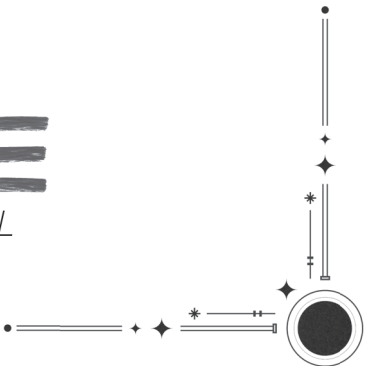
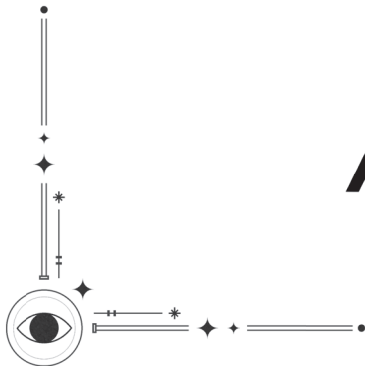




HIJA DE LA ALQUIMIA

ELENA NOZAL MORALEJO



AKANE
EDITORIAL

Hija de la Alquimia

Primera edición: julio de 2026.

© de la obra: Elena Nozal Moralejo

© de la corrección: Meritxell Terrón

© de la cubierta: Kyoto's Party

© de las ilustraciones interiores: Amagoia Aguirre

© del mapa y los cantos: Angélica Cudero (@ikkan1402)

© de los separadores: Freepik

© de la maquetación: Vanesa Marco

© 2026, Akane Editorial

www.akaneeditorial.com

ISBN: 9788419305336

IBIC: YFH

Depósito Legal: Z 1288-2026

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

*Para todos los que crecimos entre mundos de fantasía...
bienvenidos al Tártaro.*



MINAS
IBIS

Forja

Cocytus

Palacio

IOPUS

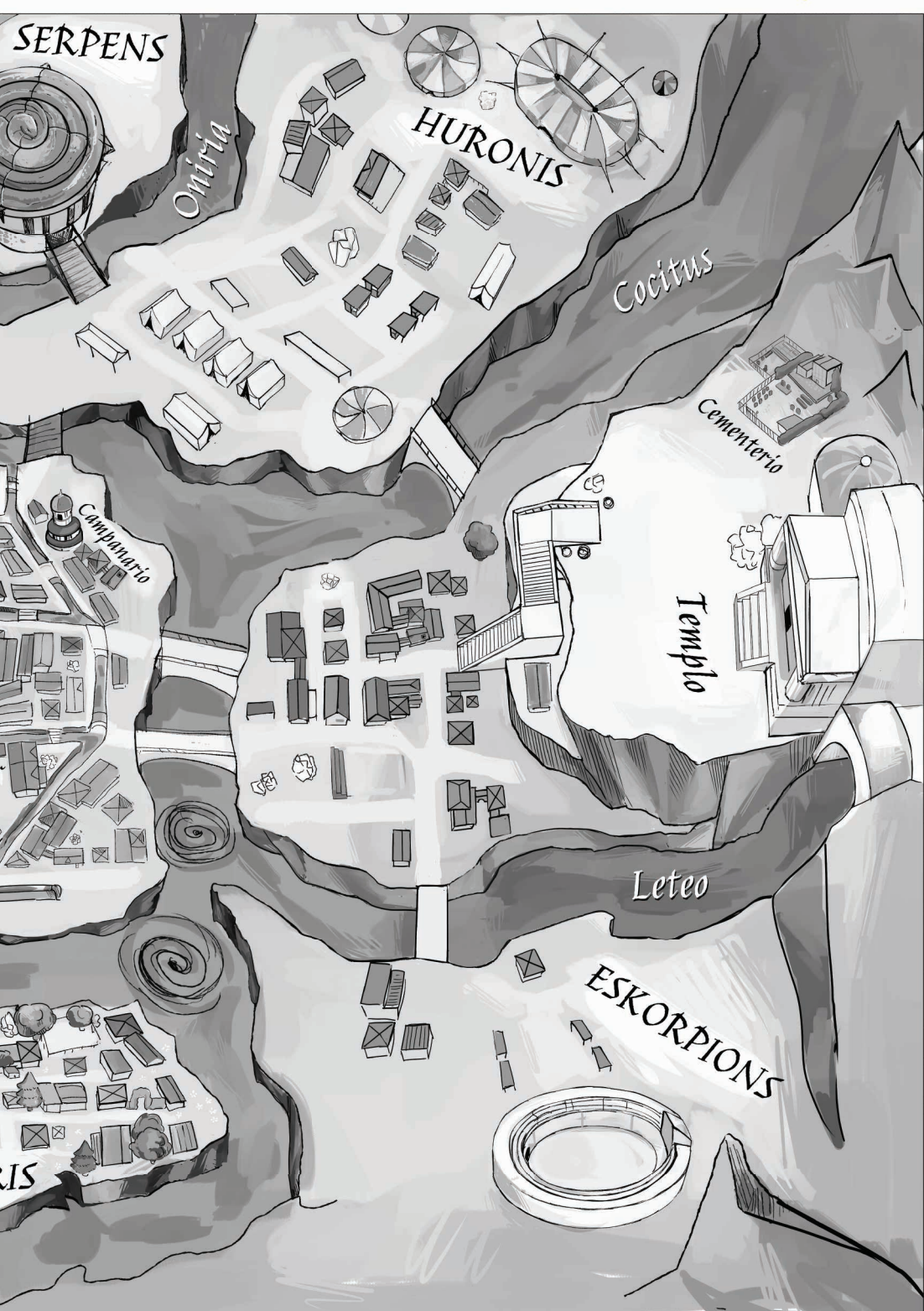
Oceanus

Plaza Mayor

Orfanato

BUHAR

Caronte

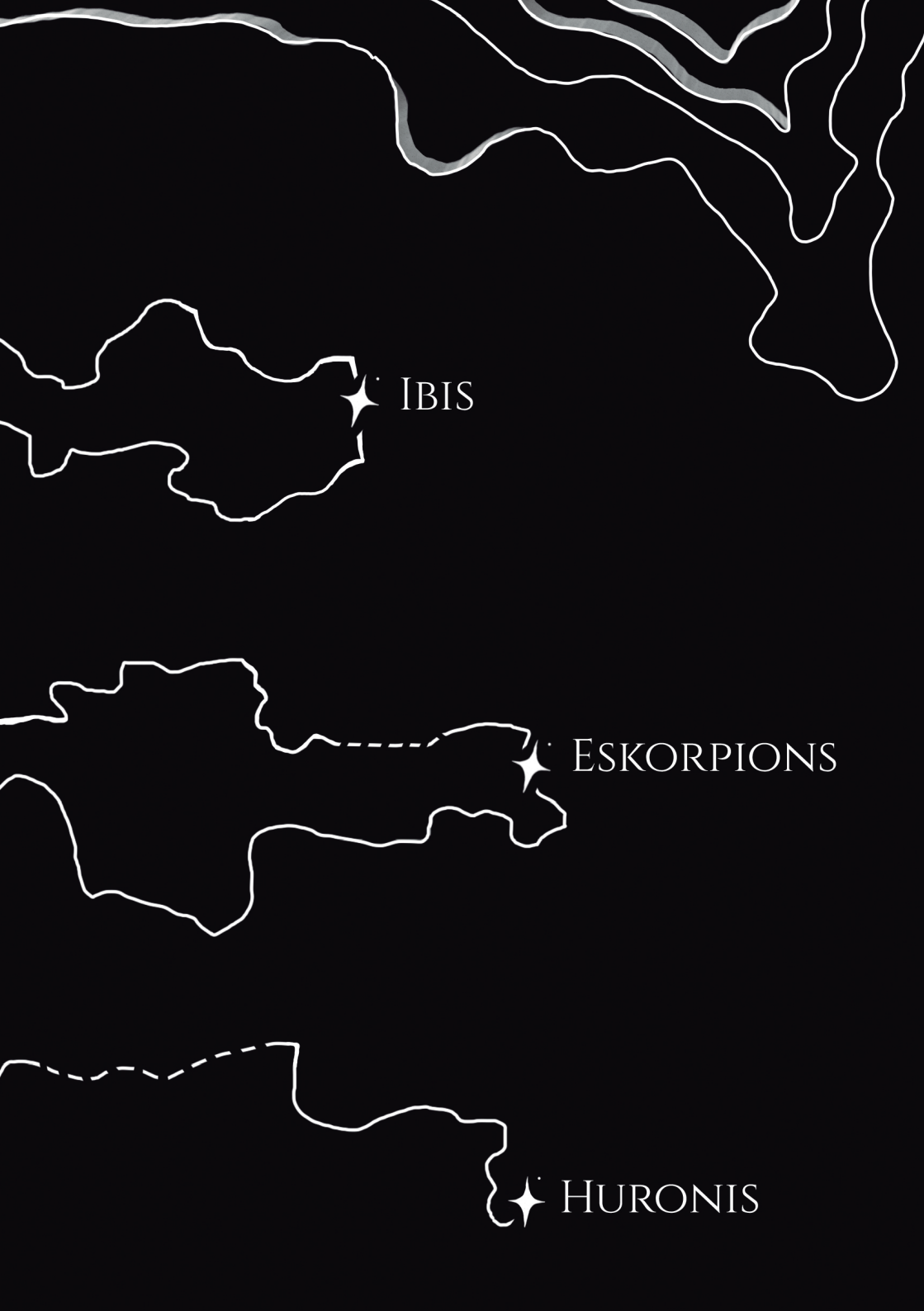




SERPENS

· BUHARIS

· TOPUS



IBIS

ESKORPIONS

HURONIS

A decorative header featuring a large, stylized arch. Inside the arch, there are several celestial motifs: a crescent moon on the left, a sun with rays on the right, and various stars of different sizes and shapes scattered throughout. The word "Prólogo" is written in a large, elegant, cursive script in the center of the arch.

Prólogo

«Dicen las leyendas que la humanidad jamás debió pisar las entrañas del Tártaro, que su intromisión dio comienzo a una maldición más vieja que el tiempo, y provocó que el mal escapara de entre las grietas de una roca erigida por nuestros dioses, llegando a nosotros. Un mal que desata el caos y saborea la sangre de aquellos incautos que se atreven a desafiar al dios de la muerte.

Sangre, agua y cenizas marcarán su venganza y será él quien abra las puertas del Hades, liberando todos los males al mundo. Y cuando eso ocurra, cuando el Tártaro caiga, la humanidad sucumbirá con él».

El Abismo, 1808, planeta Galatea

El traqueteo de la caravana despertó a un hombre de mediana edad, con grandes bolsas bajo los ojos y envuelto en un sudor frío, como siempre que su mente viajaba al Tártaro, a sus amenazas y a sus misterios. No sabía cuándo había oído hablar por primera vez sobre esa ciudad, pero no había dejado de buscarla. Tal vez tendría la edad de su hijo, unos ocho años, quien dormía ajeno a todo acurrucado entre sus brazos. No importaba, desde entonces se había obsesionado con la idea de encontrarla, de ser el primero en regresar después de pisar su suelo. Sin embargo,

se había quedado todo en un sueño infantil. Creció, consiguió trabajo como inventor, se enamoró de una joven y tuvo un niño. Todo parecía ir bien hasta que su mundo se derrumbó. Comenzó la Gran Cacería y tras el asesinato de su mujer decidió que no le arrebatarían lo único que le quedaba en la vida: su hijo.

Daba igual el riesgo, su última esperanza era encontrar el Tártaro y salvar a su pequeño de la muerte. Lo demás no importaba.

Echó un vistazo al resto de sus compañeros de viaje: un hombre fornido con una cicatriz en el ojo, que jugaba con un cuchillo, moviéndolo entre los dedos con destreza; un esmirriado sin apenas dientes ni pelo; una mujer atemorizada con heridas profundas en pies y manos; una anciana y un par de muchachos más. Su hijo era el único niño.

Cerró los ojos e intentó recordar alguna oración. Nunca había sido devoto, pero estaba claro que su destino pendía de un hilo muy fino. A veces pensaba qué habría sido de su vida si no se hubiera enamorado, si su vida no hubiese estado atada a la de su hijo...

Abrazó con fuerza al pequeño, con la certeza de que no cambiaría nada. Encontrarían esa ciudad y vivirían por fin a salvo, lejos de amenazas y miradas indiscretas.

—Tú, el del niño, ¿de qué huis? —preguntó con arrogancia el hombre de los cuchillos, un asesino caído en desgracia, desperdando a más de uno.

—Eso no se pregunta... —contestó el delgaducho.

—¿Qué más da? Si todos buscamos lo mismo, ¿no?

El silencio se hizo con la caravana por unos instantes, tan solo lo rompía el vaivén y el roce de la vegetación contra su tela.

—¿De qué se huye hoy en día? La guerra terminó, solo queda la hambruna, las deudas o... la Gran Cacería —murmuró la anciana.

Las conversaciones del resto cesaron al instante y la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Ojalá fuese por la última, saldaría más de una deuda y, con lo que me sobrase, compraría a esa. —Y comenzó a reír con dientes lobunos, señalando a la chica desnutrida y con marcas de grilletes.

El inventor desvió la mirada al ver cómo más de uno se re- lamía con solo pensarlo. La anciana abrió la boca, pero a medio camino se dio cuenta de que no había nada que hacer, y la joven de las magulladuras se hizo un ovillo aún más pequeño si acaso eso era posible. Por su lado, el inventor quitó con delicadeza la lágrima que caía por la mejilla de su hijo y le sonrió fingiendo una seguridad que no sentía.

Nadie más habló y el silencio se llenó con cientos de pensamientos: las razones de la huida atemorizaban a sus corazones. No escapaban los inocentes, ¿no? Daba igual el hambre, el calor o la sed, tan solo querían alejarse lo máximo posible del incierto destino que les esperaba.

Habían sido desterrados o maldecidos o escapaban de una condena a muerte. Su fin acechaba y habían tomado una decisión arriesgada. Una decisión que se asemejaba demasiado a rezar por un milagro a unos dioses que les habían dado la espalda hacía ya

tiempo. Solo les quedaba una última baza y habían pagado un alto precio. Porque encontrar el Tártaro era, más que el último resorte, una extremaunción. En el fondo, aunque jamás lo admitieran en voz alta, estaban condenados. Habían confiado en la palabra de un contrabandista que decía tener el mapa que los llevaría a la ciudad. Debían saber que era casi imposible, ¿pero qué alternativa les quedaba? Tan solo morir.

Su esperanza radicaba en una leyenda. Una ciudad cuya entrada cambiaba con cada nueva voz que entonaba su historia. Un lugar en las entrañas de la tierra creado por los dioses para encerrar al mal y proteger al mundo. O eso decían los oráculos.

Y, a pesar de todo..., aquellas personas anhelaban encontrarla para escapar de su vida y fundar una nueva. Daba igual qué los aguardara en el Tártaro, en el exterior solo los esperaba la muerte.

Tras unas horas sin mayor entretenimiento que el silencio y el miedo, el niño abrió la boca.

—Papá, ¿es verdad que en el Tártaro hay ríos de fuego?

Una carcajada salió de su padre, quien negó con la cabeza.

—No, renacuajo, eso es en el Hades. El Tártaro es una ciudad subterránea, rodeada por cinco ríos, cada uno más especial y único que el anterior. Se dice que está protegida por un ser de corazón puro, que acoge a toda criatura valiente que ose llamar a su puerta. El Tártaro fue erigido por los dioses para proteger a los vivos y a los muertos, para que las almas puedan alcanzar su eterno descanso y condenar a los malvados.

Esa vez quien rio fue otro.

—Déjalo, hombre —intentó mediar el esmirriado, sin éxito.

—Eso son patrañas, todos saben que es una ciudad gobernada por los despojos de la sociedad, para los sin honor. Un sitio oscuro y sin ley. Un lugar donde los monstruos se comen a los niños...

—Ya basta, ¿no ves que le está asustando? —bramó la anciana, colocando la mano en el hombro del padre.

Abierta la veda, varios de los hombres se enzarzaron en otra conversación, ensalzaban sus hazañas y cómo serían ellos los que encontrarían el Tártaro y volverían con sus tesoros. Rieron bajo la seria mirada de la anciana, que, si bien no era bruja, ya sería la tercera o cuarta vez que los maldecía. No les importó, narraron con todo lujo de detalles el caos que desatarían: saqueos, asesinatos y demás fechorías que daban sentido a sus tristes vidas. Ninguno deseaba enfrentarse a la realidad: su tiempo se contaba con los dedos. Huían desesperados, sin contactos, abandonados por todos y a tan solo un paso en falso de acabar bajo tierra. Por eso, aunque lo negaran, todos los ahí presentes buscaban lo mismo: un nuevo comienzo.

Tras una eternidad, la caravana se paró en seco y el conductor, con el rostro tapado con un pañuelo, les indicó que bajasen.

—Se acabó el viaje —ordenó y despacio salieron de uno en uno.

Pronto se enfrentaron a la calurosa realidad. Frente a ellos se extendía un vasto desierto de arena ardiente y blanca. Un paisaje que se interponía entre ellos y su salvación y les arrebatava el aliento. Un páramo abandonado, que muy pocos se atrevían a cruzar. Aquellos a los que la desesperación les había robado la

cordura y lanzaban una moneda al aire para decidir su destino. Tan solo los necios albergaban esperanzas de comenzar una nueva vida en la ciudad perdida del Tártaro, aunque antes tenían que descubrir cómo llegar a ella.

—¿Ya está? —preguntó la anciana, observando cómo su sueño agonizaba ante la visión de aquel desolador y árido desierto.

El conductor asintió.

—Mi trabajo era sacaros de la ciudad y eso he hecho. Si queréis sobrevivir, os recomiendo que os pongáis en marcha ya. Si tenéis suerte daréis con un refugio en una pequeña zona montañosa a dos horas de aquí. —Lanzó al suelo una brújula y un mapa casi ilegible y continuó, implacable—: Si no morís antes por el calor o la sed, claro. En cualquier caso, siempre podéis dar media vuelta, vosotros decidís dónde luchar vuestra última batalla, yo me lavo las manos.

El conductor se hizo hueco entre el grupo, que estaba paralizado ante la visión de aquel yermo paisaje. Salvo uno de ellos, el asesino, que se abalanzó sobre él.

—¡Malnacido!

Sin embargo, el joven era más fuerte y estaba acostumbrado a esa reacción. Fue más rápido. Consiguió esquivar el filo del cuchillo, lo agarró del brazo y lo empujó contra el tronco de una palmera, provocando que el arma cayera en su mano.

—Estáis solos, no me importa vuestra trágica historia. No sabéis cuántas veces he escuchado cómo el cruel destino os ha jugado una mala pasada... —Le mantuvo la cara sobre la áspera madera y lentamente le paseó el filo por la frente, la nariz, hasta

llegar a la mejilla—. Estáis al final de la cola alimenticia, haríais bien en no olvidarlo... —Volvió a golpear al hombre contra la palmera y sentenció—: Tal vez uno de vosotros salga con vida de esta, pero habéis venido a por un milagro, y yo ni soy un dios ni quiero permanecer un segundo más con vosotros.

Soltó con desprecio al asesino, quien se llevó las manos a la cara, como si necesitara algo más que el ardiente dolor y la sangre deslizándosele por el rostro para confirmar lo que había sucedido.

—¡No sabes quién soy yo! —gritó con odio al joven que le daba la espalda y, sin inmutarse, se subía de nuevo a la caravana.

—¿Alguien lo sabe? —Y rio con desprecio mientras se marchaba, no sin antes añadir—: Tal vez tengáis suerte y el Tártaro se apiade de alguno de vosotros...



Tan solo cinco siluetas se abrían paso por las dunas. Habían partido muchos más hacia el desierto, pero el ambiente asfixiante y una caminata sin pausa habían hecho mella, dejando un reguero de cadáveres, que era consumido por el viento, la arena y el rugido de las bestias. Los restantes caminaban en línea recta, o eso intentaban. Lo hacían por inercia mientras su mente suplicaba detenerse y aceptar un destino ya grabado en piedra, pero el sol se hundía en el horizonte y la esperanza de la noche se cernía sobre ellos. El calor se hacía cada vez más soportable, y una pequeña brisa refrescaba el ambiente. Si tan solo hubiesen sabido

los peligros que acechaban en la oscuridad... habrían rogado por unos instantes más de luz.

Al final del grupo se encontraba el padre. Un inventor buscado por la justicia cargaba a su hijo a la espalda, quien se aferraba a un pequeño destornillador que siempre llevaba consigo desde que comenzó su huida. Su niño era lo único que le quedaba. Y por esa razón seguía caminando, arrastrando cada pisada por la arena. Sus pasos eran débiles y comenzaba a tambalearse, pero de vez en cuando el niño le acariciaba el hombro y entonces recobraba fuerzas de donde no había.

—¡Allí! ¡El refugio! —gritó el esmirriado justo cuando la luz del sol desaparecía en un atardecer empañado por unas nubes negras, que rugían cada vez más cerca.

Apretaron el paso, había que llegar a tierra firme antes de que los alcanzara el azote de aquella extraña tormenta. El viento los zarandeaba sin cesar, advirtiéndolos de lo que estaba por llegar.

—Por fin —masculló el asesino al pisar la roca del refugio, sin mirar atrás. Poco le importaba si el resto estaba cerca o necesitaba ayuda.

Fue entonces, con la desaparición del sol en el horizonte y la llegada de una oscuridad total, cuando el cielo anunció que el infierno se había cernido sobre ellos.

A cien pasos de suelo firme, la zona rocosa comenzó a elevarse y dejó entrever lo que las dunas ocultaban: una colosal formación de piedra sepultada bajo sus pies.

En pocos segundos un temblor sacudió la arena que pisaban

y una montaña fue alzándose bajo ellos. El pánico cundió sobre el grupo, salvo el asesino, que había alcanzado el refugio, y se elevó con la roca. Desde ahí observó con frialdad cómo el resto se quedaba a merced de un remolino que amenazaba con engullirlos. Atrapados en la corriente, a duras penas lograban mantenerse en pie mientras corrían hacia cualquier pedazo de suelo firme que tuvieran a su alcance. La desesperación se abría paso ante ellos, no tenían tiempo: o actuaban o morirían enterrados vivos.

El inventor no perdió la calma. Saltó sin dudar a uno de los salientes y lanzó a su hijo contra otro, que se aferró a él sin dejar de temblar.

—¡Tenemos que trepar! —aulló el padre y su hijo asintió a pesar del miedo que se agolpaba en su pequeño corazón.

El temblor no cesó y la montaña continuó alzándose sin pausa. La tormenta tampoco amainó, los azotaba con lluvia y viento, y creaba un torrente de agua que se deslizaba por la piedra oscura. Cuando creían que no podía empeorar, un rayo golpeó la cima y abrió un agujero: una boca con dientes de piedra.

En las dunas, dos muchachos intentaban, desesperados, alcanzar algún saliente, pero ya era tarde.

—¡Socorro! —gritó el delgaducho mientras era zarandeado entre unos remolinos de arena. Antes de que el inventor pudiera extender la mano, el cuerpo del hombre desapareció, engullido por el desierto.

El pequeño, desde las alturas, vio cómo el que quedaba seguía el mismo destino y se echó a llorar. Su padre no tardó en saltar para alcanzarlo y lo abrazó con todas sus fuerzas. Sentía los

temblores del crío; el frío y el miedo traspasaban su vestimenta, pero no podían rendirse.

—¡Papá! ¿Dón-de está la ciudad?! —masculló en medio de la tormenta, que descendía con fuerza sobre ellos, mientras la tierra seguía rugiendo—. ¿Está cer-cer-ca?

El inventor, calado de pies a cabeza, agotado y con un pinchazo en el corazón por haber arrastrado a su hijo hasta ahí, mintió:

—Claro, renacuajo, no queda nada.

Escuchar la voz de su padre, quien lo miraba a los ojos verdes con una sonrisa, logró que él también sonriera.

—Tan solo hay que encontrar el río —repitió el niño, como tantas veces le había oído a él antes.

El inventor asintió, manteniendo la llama de la esperanza prendida. Protegería a su hijo, aunque fuese lo último que hiciera.

—¡Vamos! —le animó—. ¡Ya queda poco!

Juntos, el niño se animó a trepar, a pesar del miedo. Despacio fueron escalando aquella extraña montaña negra con cuidado de no resbalar con la lluvia que caía con fuerza sobre ellos. Abajo ya no quedaba rastro ni de la arena ni de los remolinos. Tan solo había una pared de roca tan oscura como el carbón y un viento que susurraba sus nombres. Tragó saliva y empujó a su hijo para que alcanzase la cima y se pusiera a salvo.

Para cuando el padre llegó al filo de la cumbre, una silueta se alzó ante él. Entre sus brazos sujetaba a su pequeño y lo miraba con una mueca de diversión.

—¿Qué haces? —preguntó el inventor—. ¡Suéltalo!

—¿Seguro que quieres que haga eso? —rió mientras agarraba al niño del cuello de la camisa y lo sostenía sobre el precipicio.

El chico quiso ser valiente y, en vez de dirigir la mirada al abismo, levantó el rostro hacia el cielo. En respuesta a su desafío, este soltó un relámpago que iluminó la noche y lo obligó a mirar abajo. La montaña estaba partida en dos y en el centro se abría paso un torrente de agua embravecido, que desaparecía en una oscuridad que quitaba el aliento. A sus pies solo veía un río naciendo.

—¡Eres un lastre! —sentenció el asesino—. Ambos lo sois. El guía dijo que solo uno lo conseguiría, y siempre he sido de trucar los dados. —Aestó un pisotón al inventor, quien aulló de dolor. Solo un brazo lo mantenía alejado de caer al agua, contra las rocas afiladas que sobresalían. Dientes hambrientos de una nueva presa—. Pienso hacer lo mismo con mi destino.

—¡Papá! —gritó el hijo mientras observaba cómo la mano de su padre resbalaba poco a poco—. Por favor, ayúdalo, es lo único que tengo.

El asesino rio y su carcajada reverberó entre el abismo de la montaña.

—Echaba de menos el ruego de un niño...

No pudo continuar la frase; el pequeño clavó su única posesión en el brazo del agresor, el destornillador, y este lo soltó, lanzándolo contra la roca.

—¡Hijo de pu...!

Aquella distracción, unida al gemido de dolor del pequeño, infundió fuerzas a su padre para subir y lanzarse contra él. Allí, al filo de un abismo y con un río clamando sangre, dos hombres

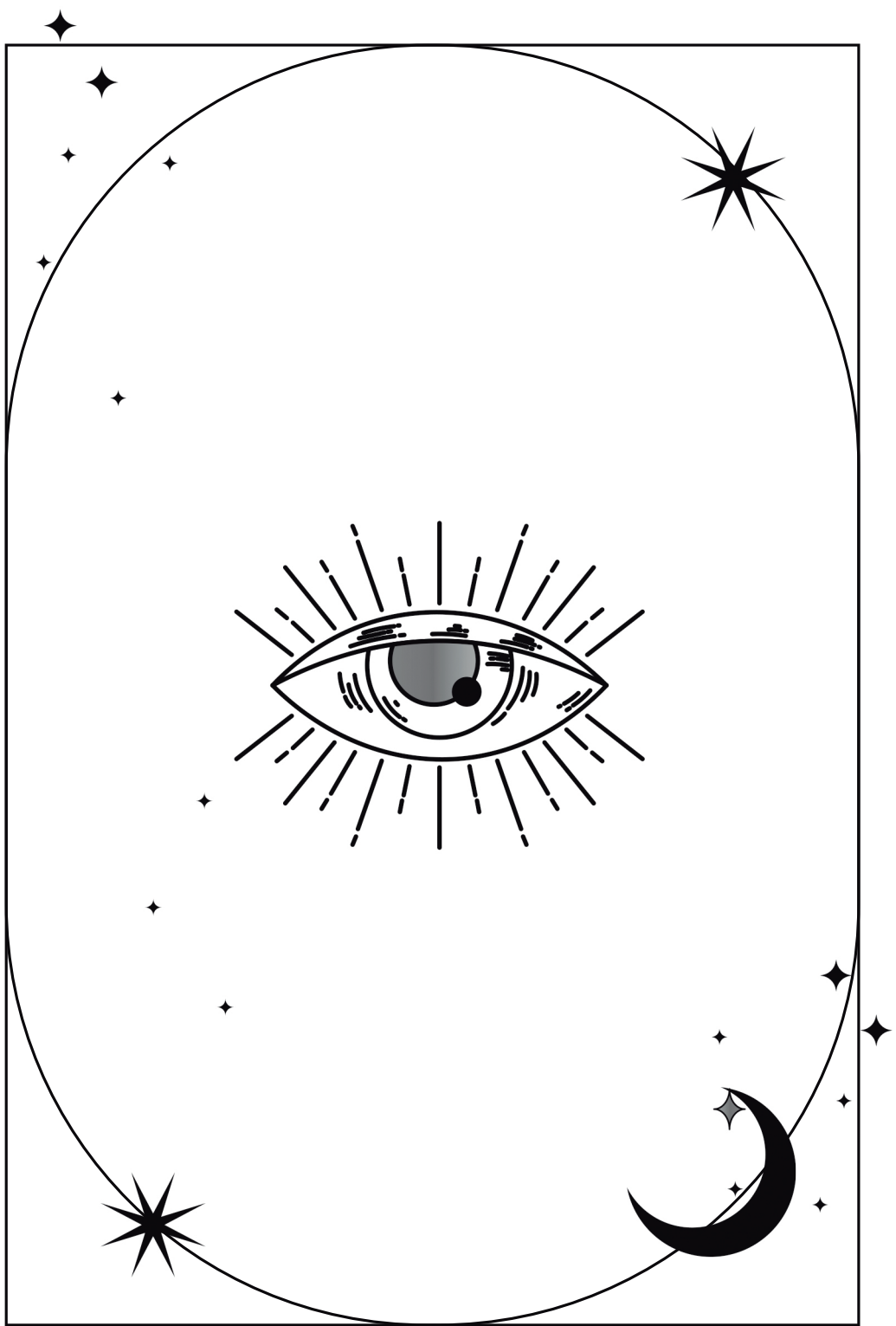
se golpeaban sin piedad. Los truenos rugían y los rayos ofrecían luz ante la oscuridad.

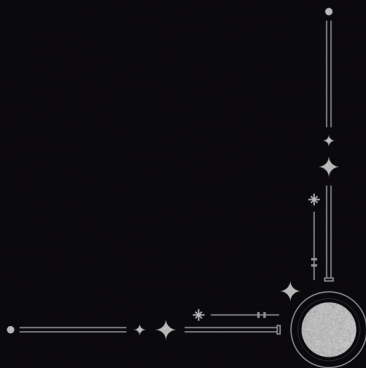
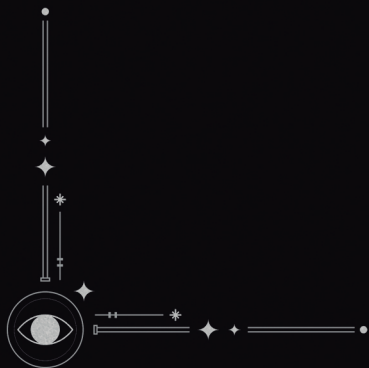
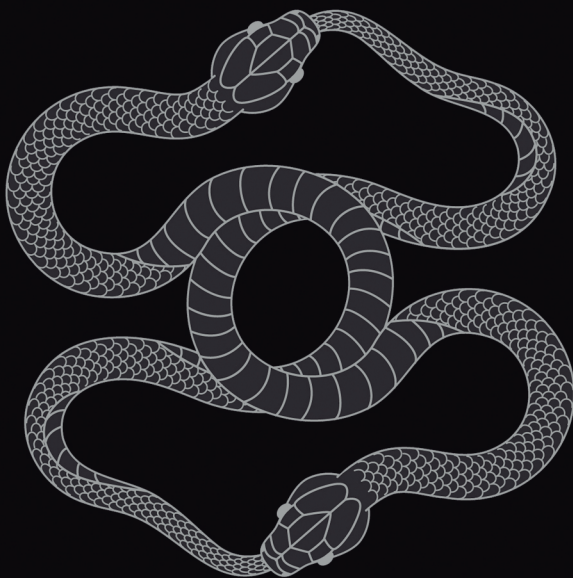
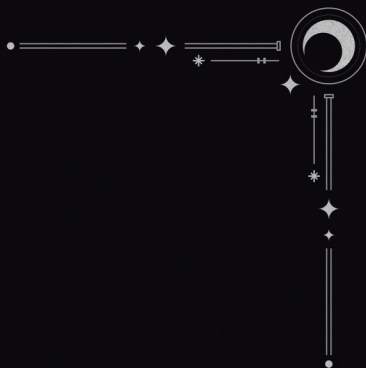
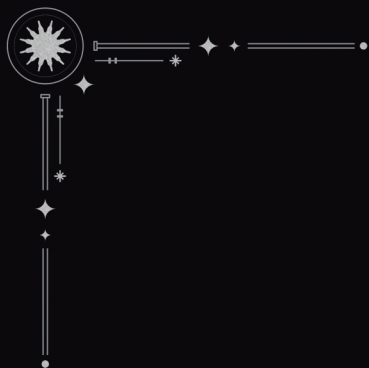
El inventor usó el destornillador como arma, pero poco podía hacer contra la furia de un hombre desesperado y su cuchillo. Tras unos agónicos minutos, la batalla estaba sentenciada. El padre se apoyó contra la pared, intentaba detener la hemorragia que le nacía en el estómago, pero su respiración lenta delataba que el tiempo no estaba de su parte. El niño esquivó al asesino, también gravemente herido, desesperado por abrazar lo único que le quedaba.

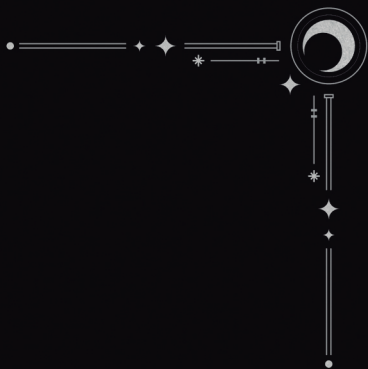
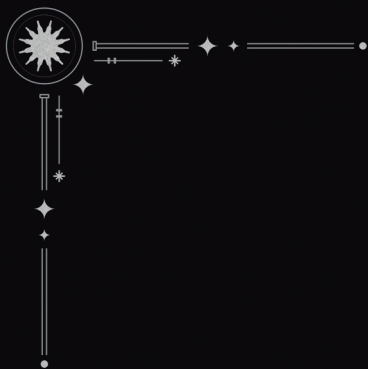
—No me dejes... Papá, por favor, quédate conmigo. ¡Papá!

El inventor levantó el brazo y acarició por última vez el moflete de su hijo.

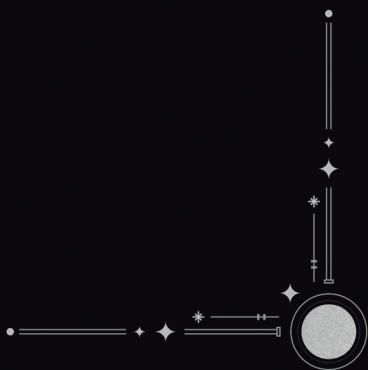
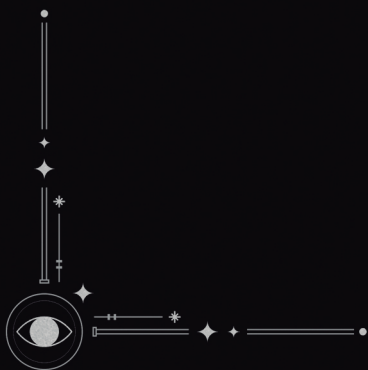
—Te... quiero —contestó en un hilo de voz. Sin embargo, antes de que el pequeño respondiera, su padre lo tiró al río que nacía en la cumbre. Con la sangre emanándole del vientre, con el latido final de su corazón, hizo una última súplica—: Tártaro, apiádate de él, apiádate de mi hijo.







PRIMERA PARTE





CAPÍTULO 1

«Olvidad todo lo que creáis saber del Tártaro, olvidad los mitos y las leyendas. Nada es lo que parece en este lugar. Una ciudad en medio de la nada, rodeada por una penumbra que esconde monstruos más allá de las pesadillas. Nuestro refugio, nuestra condena. Una ciudad construida sobre los cinco ríos del mundo, grabada en piedra y donde hace milenios que el sol no brilla».

—ANÓNIMO, *Cuentos épicos*

16 años más tarde



LA CIUDAD DEL TÁRTARO se había convertido en un lugar conocido para Gala, aunque no era el hogar que había soñado. Tampoco era el refugio que ansiaba encontrar en las entrañas de una montaña mitológica; se podría decir que era, más bien, su penitencia. Estaba a medio camino del todo y de la nada. Y, sin embargo, era lo mejor que había tenido en sus veintitrés años de vida. La brisa que existía en aquel lugar, que nadie sabía bien de dónde venía, el aire fresco que inhalaba cada día y la sensación de libertad que le acariciaba la piel cada mañana, eso era lo que el Tártaro le había regalado. Vivir sin un propósito, liberarse

de sus cadenas y de un destino impuesto que no había querido soportar sobre los hombros. Uno que llevaba grabado en la piel, para siempre.

Se acarició las marcas mientras observaba desde una azotea las estrechas calles y los edificios apilados de la ciudad. Todo construido en esa roca que rodeaba cuanto veía, una del color de la noche sin luna ni estrellas. Un azul tan oscuro que, si no hubiera sido por los minerales y cristales que asomaban a través de ella y que reflejaban la luz que se colaba por las grietas del techo, cualquiera habría pensado que era de un negro tan profundo como la oscuridad que envolvía al Tártaro cuando los farolillos dejaban de brillar. Esa oscuridad que encogía el corazón y ponía los pelos de punta, la misma que arrastraba sonidos de ultratumba cuyo mensaje no auguraba nada bueno. Una venganza repetida por el viento helado y acunada por el rugir de los ríos que bordeaban la ciudad: «La vida será del que nunca debió morir y el caos lo conquistará todo».

Gala quería ser escéptica, como la gran mayoría de la población, pero, después de lo que había sobrevivido en sus propias carnes..., aceptaba la posibilidad de un mal acechando en las entrañas del Tártaro, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

Solo Buharis creía en las palabras del oráculo, el resto hacía oídos sordos. También era el único que conservaba sus costumbres ancestrales, el que aún adoraba al panteón. Tal vez por ello, en su gente recaía la labor de acompañar a las almas que llegaban al Tártaro a cruzar al otro lado. Para ellos, la muerte no era el fin de la vida, sino una misma cosa. Debían protegerse

a toda costa, no interferir en ella y aceptar la decisión de los dioses.

Sin embargo, para Gala, esa unión de vida y muerte significaba enfrentarse a su pasado y a su futuro y eso la asustaba. Demasiado. Porque daba igual lo que hiciera, el origen de su magia siempre pesaría demasiado.

Necesitaba creer que la muerte era el fin de la vida para no temerla, pero el Tártaro le había enseñado que la realidad era otra. Lo podía comprobar cada día que cruzaba el puente flotante para llegar al territorio de los buharis porque siempre era recibida por dos espíritus. Dos hermanas del clan que protegían la entrada para toda la eternidad, velando por los suyos. Ahí estaban, existiendo más allá de la muerte. Y no eran las únicas.

Gala no podía negar la existencia de una vida tras la muerte y eso la atormentaba.

—Pues esto ya casi está...

La voz de Ratón la sacó de sus pensamientos y la joven de tez morena y pelo del color de las avellanas se giró, apoyándose sobre la barandilla oxidada de la azotea para observar mejor los movimientos del niño. El viento le mecía el cabello ondulado y la paz los envolvía con el olor de las flores y la primavera, que se abría paso en la superficie y se arrastraba hasta llegar a las profundidades.

Parecía mentira que en algo tan pequeño hubiera hueco para tantas ideas. A veces pensaba que el origen de aquella imaginación desbordante eran sus rizos castaños —los cuales escondían sus orejas puntiagudas— y que de ellos brotaban nuevos inventos

cada día. Aunque lo peor era su insistencia y cabezonería intentando convertirlos en realidad. Era incapaz de ver el peligro que conllevaban. Para eso estaba Gala ahí, para impedirle que hiciera alguna locura o, más bien, para acompañarlo en ella. Le había recordado que estaba castigado y que tenía prohibido crear nuevos inventos. Por eso lo había llevado a un sitio alejado de ojos curiosos para probar una creación anterior.

—¿Estás seguro de lo que haces? Es la tercera vez que salta un chispazo...

—¡Sí! Solo necesito estabilizar el cristal para que estos cables de aquí conduzcan su energía hasta el engranaje y...

—Eso dijiste ayer, y antes de ayer, Ratón —interrumpió Gala con mofa mientras sorprendía al pequeño revolviéndole el pelo.

El niño se defendió, mascullando una queja, y en cuanto pudo retomó su quehacer. Estaba seguro de que aquel día su tabla funcionaría. Lo presentía en sus entrañas y las manos le sudaban de los nervios. Quería demostrar que era valioso, que podía ser parte de Serpen, como Gala. Admiraba desde que tenía memoria su estandarte, su torre imponente al este de la ciudad y su gente. Soñaba con ser, algún día, parte del clan más fuerte del Tártaro.

La joven dejó seguir con su invento al niño de pelo revoltoso. Con una sonrisa lo vio trabajar. A ella solo le importaba la felicidad del pequeño, le daba igual que sus creaciones pudieran ayudarlos frente a los ibis o los bárbaros de los eskorpions. Sabía que crear era la pasión de Ratón y aquello bastaba para desafiar a su jefe —y amigo—.

Por ello, lo había arrastrado a su azotea favorita, que no tenía nada admirable ni distintivo con respecto a cualquier otra, salvo sus vistas. Un edificio roñoso como tantos otros, de piedra, madera y metal, y con una altura y posición que le dejaba divisar toda la ciudad. Ante ella se dibujaba un horizonte lleno de construcciones de diferentes alturas; algunas estaban decoradas con ventanales de cristal, otras con cortinas roídas por el tiempo y las ratas. Muchas de las edificaciones eran más antiguas que el propio tiempo, como el Templo del Oráculo, en la parte alta de la ciudad.

El Tártaro era atemporal, había sobrevivido a los milenios, impasible a las guerras de la superficie, ajeno al ir y venir de la humanidad. Siempre en un permanente estado de pausa. Muchos sabían la fecha de su llegada al Tártaro, pero nadie era capaz de datar con exactitud el año en el que vivían. Tantos testimonios, tantas fechas alejadas por el tiempo y el espacio. Almas atrapadas en un limbo sin salida.

Gala miró hacia arriba. Todavía le quitaba el aliento toparse con ese manto de roca oscura, repleto de estalactitas y minerales transparentes. A cien metros sobre ella se encontraba ese inexpugnable techo que nadie podía rozar. Fuerte y robusto y, sin embargo, la hechicera podría jurar que cada día había una nueva grieta. Un nuevo haz se colaba en la ciudad, reflejándose en los cristales y tiñendo la enorme gruta de tonalidades azules. Una cicatriz que, a pesar de la luz que emanaba, solo traía oscuridad a la joven.

Su mirada volvió a descender y recorrió las calles que tan bien conocía; partió de la plaza principal en forma de hexágono, cuyo

suelo tenía grabados los símbolos de los seis clanes del Tártaro: Serpen, Ibis, Buharis, Eskorpion, Topus y Huronis. Entre cada emblema había otra inscripción, tres líneas paralelas y curvas, haciendo referencia a los cinco ríos que dividían la ciudad. Lo más curioso era que los clanes habían surgido en épocas distintas, producto de guerras internas, pero los símbolos estaban hechos a partir de la misma roca y por la mano del mismo artista.

Ese pensamiento hizo que Gala se estremeciera. La falta de lógica en el Tártaro la mantenía muchas noches en vilo. Estaba claro que había sido creado por los dioses; dónde, si no allí, iban a convivir la vida y la muerte. Un lugar donde las almas eran arrastradas hasta las profundidades del mundo para conocer su eterno descanso. Ríos que obligaban a decir la verdad a quien tocara su agua o que provocaban un profundo sueño a quien bebiera —una gota bastaba—, o incluso el más bravo, el Leteo, que devoraba al insensato que cayera en sus fauces, desterrándolo al Hades.

El Tártaro era un lugar carente de razón y, sin embargo, a nadie le sorprendía.

Aunque si había algo sorprendente sobre todo lo demás era la ausencia de una figura. La que protagonizaba la mayoría de los relatos sobre la ciudad. Todos conocían al rey o al ser corrompido. Un hombre con una ambición sin límite que había sido condenado por toda la eternidad. Los dioses lo habían encerrado en el Tártaro, en una tumba olvidada en sus profundidades. Borrando los resquicios del mundo antiguo, donde el

caos y las tinieblas gobernaban sobre la muerte. Protegiendo a los habitantes de la superficie de la penumbra.

El Tártaro era una cárcel, pero también era la última línea de defensa de la vida.

Y, a pesar de esos cuentos compartidos de generación en generación, nada en la ciudad conservaba señal alguna de su existencia.

Tal vez por ello, muchos pensaban que era un mito. Nadie podía vencer a la muerte.

—¡Ya está! —gritó Ratón entusiasmado. Miraba con ilusión cómo una tabla ovalada se mantenía en el aire, a varios centímetros del suelo. Emanaba una tenue luz azulada, que nacía de un cristal blanco incrustado en el centro del artilugio.

Gala sonrió orgullosa.

—Bueno, pero el objetivo no era solo que flotara, ¿no?

Y los ojos del niño brillaron casi tan fuerte como la piedra de luna. Sin perder ni un segundo agarró la tabla y, con ayuda de la hechicera, se colocó sobre la cornisa. Con mucho cuidado depositó el invento frente a él y comprobaron con entusiasmo cómo se mantenía firme y estable.

—¿Listo? A la de tres... —La joven esperó a que el pequeño asintiera para comenzar la cuenta atrás—. ¡Uno! ¡Dos! Y...

Ratón dio el pistoletazo de salida. Despacio y con cautela comenzó a deslizarse por la barandilla, haciendo círculos alrededor de Gala, quien sonreía impresionada. Estaba deseando enseñárselo al resto de sus compañeros. Por fin se comerían sus palabras.

Su sonrisa se desdibujó al oír el primer estruendo. Una chispa salió de la tabla y, en un parpadeo, el niño perdió el control. Se precipitó contra los tejados adyacentes y por muy poco esquivó las chimeneas cercanas.

El invento cogió velocidad y el pequeño se aferró a la tabla para no salir disparado.

Gala no perdió ni un segundo, saltó de la barandilla a una azotea colindante y corrió tras él. A duras penas le seguía el ritmo. Sorteó tendedores, saltó por tejados e, incluso, atravesó más de una vivienda. Eso sí, llevándose alguna cortina y sábana por el camino.

Ratón intentaba mantener la compostura, pero era evidente que tenía miedo.

—¡No puedo parar!

Gala tragó saliva.

—Tranquilo, renacuajo, respira y recuerda cómo se frena...

—¿Crees que no lo intento?!

La hechicera se mordió la lengua, iban a llamar demasiado la atención y *ella* no podía permitirse ese lujo.

Aceleró el paso por los tejados del Tártaro. Estaba tan cerca..., pero el miedo jugaba una mala pasada al pequeño y era incapaz de mantener un rumbo claro. Sumado a los petardazos que salían del invento... Se quedaban sin tiempo.

Por mucho que lo intentara, la tabla era más rápida que ella. Tan solo podía seguirla de cerca y tampoco era sencillo. Tenía que encontrar una ruta por los tejados, sin caerse de ninguna cornisa mientras medía la respiración. La adrenalina le corría

por las venas y mantenía con frialdad el cansancio y el miedo a raya, pero se quedaba sin tiempo.

Con cada segundo que pasaba, más chispas salían del invento y dejaban tras de sí un reguero de humo blanquecino. Gala apretó los puños, era imposible que nadie los hubiera visto a esas alturas. Ya no tenía nada que perder.

—¡Ayúdame, Gala!

Un sudor frío le recorrió el cuerpo y el corazón le latió con fuerza y no por el esfuerzo: estaban llegando a los límites del territorio serpen. Tenía que actuar ya. Sin importar las consecuencias.

Aunque supusiera enfrentarse a *él*.

Otra vez.

Por el mismo motivo.

Negó con la cabeza y aceleró el ritmo, tenía que colocarse cerca de Ratón antes de quedarse sin cornisa por donde correr.

No lo perdió de vista, ni a él ni al campanario al que se dirigía a toda velocidad. Se centró en el pequeño y desdibujó las fauces que creía ver abriéndose en la fachada de piedra. Ratón no se estamparía contra ella. No estaba dispuesta a permitirlo.

Tan solo quedaban dos edificios cuando lo alcanzó. Veía su rostro de terror, incapaz de cambiar de dirección. Gala tragó saliva y, sin detenerse, invocó su magia.

La respiración se le ralentizó a la par que un cosquilleo se extendía por las cicatrices, iluminándose como un candil en medio de la neblina. Señalando el paso a seguir. Aunque ella se quedaba

sin camino: estaba a punto de caer al vacío. Sin embargo, para lo que quería hacer, tenía tiempo.

De las marcas de la mano le nacieron ríos embravecidos de color ámbar, comenzaron a fluirle por los brazos y el cuello, descendándole por la nuca hasta alcanzarle cada rincón del cuerpo. La magia navegaba por ella, a través de sus profundas cicatrices, permitiéndole canalizar la energía que se agolpaba a su alrededor.

Sintió un amargo cosquilleo recorrerla, pero, como si lo hubiera hecho mil veces, detuvo al pequeño en el aire, mientras que la tabla siguió su camino. Y Gala no esperó a ver el impacto, con un movimiento de muñeca depositó al pequeño sobre la azotea más próxima, pero ella se había quedado sin tiempo. En cuanto había divisado el campanario se había rendido a lo inevitable: no podía evitar caerse si quería salvarlo. Oyó a Rátón gritar su nombre, pero ella estaba en paz: lo único que le importaba estaba a salvo.

Sin embargo, no estaba sola. La hechicera notó cómo alguien tiraba de ella, empujándola hacia el interior de una azotea próxima. Sus cuerpos se precipitaron contra el suelo y rodaron sobre él, rasgándose la piel. Las manos de Gala le escocían, al igual que las rodillas y los antebrazos. Aunque lo que más le dolió fue ver a su salvador tirado a unos metros de ella.

Habría reconocido su pelo azabache, con los laterales más recortados y mechones cayéndole por la frente, en cualquier lugar. Era Atlas, recién afeitado, y la había salvado... Otra vez.

Tardaron un poco en recuperar el aliento. La joven evitó su mirada acusatoria y se quedó contemplando el techo del Tártaro,

observando sus grietas y la luz que las atravesaba. Sabía que venía una tormenta y quería disfrutar primero de la calma.

Pero el chico no tardó en ponerse en pie, enfurecido. Tenía su uniforme serpen, un peto de cuero negro y unas hombreras decoradas con la filigrana de una víbora, lleno de polvo y con guijarros incrustados, pero no le enfadaba eso. Primero la observó de arriba abajo, asegurándose de que ambos estaban bien. Tras soltar un suspiro de alivio, puso los brazos en jarra y los ojos verdes se le tornaron oscuros, y el rostro, sombrío. Observó en silencio cómo las marcas de la hechicera se apagaban poco a poco, hasta que no quedó luz en ellas.

—Mierda, Gala —masculló Atlas, negando con la cabeza—. ¡Podríais haber muerto, joder!

—Lo sé —contestó la joven mientras se ponía en pie. Se sacudió el polvo de la ropa en un intento de borrar la culpa.

Ambos callaron, intentando no decir algo de lo que podrían arrepentirse. No lo sabían, pero los dos coincidían en lo que gritaba su corazón: casi perdían lo que juraron proteger.

Tras unos segundos que se les hicieron eternos, llegó a la azotea el pequeño. Tenía los ojos inflamados y movía con nerviosismo las manos. Tras él, se observaba parte del invento clavado en la fachada del campanario.

—Lo... lo siento mucho, Atlas... Pensaba que podría controlarlo, no quería poner en peligro a nadie, yo...

Gala intentó acercarse a él, solo quería abrazarlo y decirle que todo iría bien. Que saldría mejor la próxima vez, que de los errores se aprendía, pero su compañero se lo impidió.

—No quiero oír nada más. No me valen excusas ni disculpas. Os prohibí seguir trabajando en ello. Os expliqué lo peligroso que podía ser y... —Atlas cogió aire y, sin levantar la voz ni gritar, continuó hablando, a pesar del dolor que sentía en el pecho al ver al niño tan desenchajado—. Me has desobedecido y, por ello, quedas expulsado del territorio serpen hasta próximo aviso. ¿Entendido?

El pequeño se mantuvo inmóvil, lentamente asintió con la cabeza, aún procesando lo que acababa de escuchar. El joven líder no cedió, a pesar de que sentía una puñalada con cada lágrima que derramaba Ratón. Cogió aire y se mantuvo firme, no debía mostrar ningún signo de flaqueza.

Gala se mordió el labio, pero se mantuvo al margen. No podía interceder, al menos no en aquel momento. Tenía que dejar a Atlas hacer. Permaneció en silencio, escuchando el castigo como si fuera también para ella y, aunque su interior gritaba por intervenir y defender al pequeño, habían desobedecido la orden directa de un superior y eso no se perdonaba así como así en el Tártaro.

El niño agachó la cabeza y acabó por asumir su error sin oponer resistencia, no le quedaban fuerzas. Se dio media vuelta y, despacio, con lágrimas recorriéndole las mejillas, desapareció de su vista.

Gala miró a su compañero, quien no le dirigió la palabra, no hacía falta. Había comprendido que su castigo era no ver a Ratón. Un hecho que le escocía y le dolía más que el pinchazo que la recorría cada vez que apoyaba el pie. Estaba claro que

se había torcido el tobillo en la caída; aun así, dio un paso hacia Atlas, pero este retrocedió otro para alejarse de ella.

Tan solo los separaba un metro y, sin embargo, la hechicera sentía que era tan grande como el precipicio del que la había salvado él.

Sin mediar palabra, dio media vuelta y se dirigió a la escalera por donde había descendido Ratón. Justo cuando pisó el primer escalón oyó tras ella:

—No siempre estaré aquí para salvarte, Gala.

La hechicera quiso contestar, pero estaba cansada de discutir con él. Tal vez si el pequeño no hubiera estado a punto de morir, si ella no se hubiese sentido tan vulnerable por haber usado sus poderes en público, le habría dicho en voz alta lo que pensaba: que no necesitaba que la salvara. Que, si tantos problemas le daba, por qué se empeñaba en mantenerla a su lado.

Total, ya pensaban todos que el mundo sería un lugar mejor sin ella, sin la creación de un nigromante que jugaba a ser dios. Sus cicatrices eran el invento de un loco, uno que había experimentado con ella hasta llenarle el cuerpo de marcas arcanas, que le permitían transformar energía en magia.

El orden natural decía que ella no debía existir y, aun así, respiraba.

Gala no necesitaba ser salvada, no por él. Pero calló. Se tragó sus palabras, sus miedos y sus pesadillas y desapareció de la azotea. Se marchó dejándolo con la vista puesta en la mancha negruzca donde la tabla se había estrellado.

Lo que ella no sabía era que él no miraba a la fachada, sino a la calle donde su mente ya había dibujado su silueta inerte. Ahí, donde ella se habría precipitado si él no hubiera corrido por las calles del Tártaro al verlos saltar sobre los tejados. Su corazón había grabado cada instante, creando una nueva pesadilla: la muerte de Gala.



CAPÍTULO 2



«Una sombra agazapada en lo más profundo del Tártaro, un rey sin gloria. Una leyenda que se cuenta en susurros y levanta escalofríos a aquel que se atreva a escuchar. Un hombre sin cuerpo ni moral, consumido por la ira y el odio. Un ser inmortal en un profundo letargo, esperando el momento para despertar y reclamar su reino.

El de los vivos y el de los muertos».

—ORÁCULO IV, DURANTE EL SEPTERION

GALA SUSPIRÓ ANTES DE atravesar el gran puente levadizo que separaba la ciudad de la Torre de las Serpientes. Sobre los tablones de madera se detuvo a observar el rugir del río. Bajo ella se encontraba uno de los cinco afluentes del Tártaro: Oniria, el elixir de los sueños. Se decía que su agua era un remedio para las pesadillas y tan solo unas gotas bastaban para ahuyentar a los malos espíritus. La joven negó con la cabeza, había que ser un necio para bajar al torrente e intentar llenar un cántaro para evitar un mal sueño. No sería por incautos que se habían ahogado en él al quedarse dormidos entre sus aguas.

Aunque, tras lo sucedido, no le habría venido mal una gota para conciliar el sueño. Sin embargo, pronto desechó la idea y siguió caminando, con cuidado de no apoyar mucho el pie



izquierdo. Estaba claro que la caminata no había ayudado y, cada vez que tocaba el suelo, un relámpago de dolor la recorría entera.

Cruzó la puerta sin saludar a los guardias, que tampoco se molestaron en mirarla. Al fin y al cabo, era una falsa hechicera y no es que fuese muy querida. Ni siquiera por sus compañeros de clan. Hubo un tiempo en el que esa situación la habría roto un poco más por dentro, pero en ese momento se contentaba si no recibía ningún comentario hiriente. No necesitaba el amor de los demás, no necesitaba nada de nadie.

Gala se adentró en la torre, una edificación tan antigua como el propio Tártaro. No le sorprendió ver el patio —donde entrenaban los reclutas— vacío; por la hora que era, estarían todos en el comedor. Atravesó la amplia palestra y caminó hacia la gran serpiente tallada que hacía de escalera en espiral, que se encontraba en el centro de la sala y conectaba los diez pisos del edificio.

Subió despacio, pasando de largo los dormitorios de las plantas intermedias, hasta llegar a la penúltima. Anduvo hasta la habitación con el nombre de Atlas grabado y sintió un pinchazo en el corazón. Quiso llamar, pedir perdón y reconciliarse con su viejo amigo, pero recordó lo cruel que había sido con Ratón, la prohibición que le había impuesto y siguió caminando. Rápidamente llegó a una estancia que no tenía puerta, sino una gran cortina, que descorrió para dejar a la vista la sala circular. Estaba llena de estanterías repletas de libros de toda clase, mesas con diversos líquidos humeantes y papeles y cajas desperdigadas por

el suelo. Se adentró en ella mientras admiraba, como siempre, el gran desorden que habitaba ahí. Incluso de las vigas en el techo colgaban recipientes con partes de animales, desde corazones a ojos, lenguas...

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó Gala, sabiendo que su amiga podía aparecer por cualquier sitio.

Pronto una tenue luz azul emanó del techo y apareció, atravesándolo, el rostro de una joven sonriente un par de años mayor que ella.

—¡No te esperaba tan pronto! —Tras mirarla y ver su ropa y su cuerpo magullado, añadió—. ¿Otro invento de Ratón que salta por los aires? ¿Cuántos van esta semana?

Gala dibujó una leve sonrisa; la voz de su amiga siempre le transmitía paz, incluso tras lo ocurrido. Se aferró a esa sensación e intentó olvidarse del cansancio y el dolor, que hacían mella en ella.

Había perdido la cuenta de las creaciones que habían explotado desde que conocía al pequeño. No podía, ni quería, negar que por cada éxito del niño había mil fracasos. Pero los había.

La joven risueña flotó por el aire con delicadeza y gracilidad y dio varias volteretas hacia atrás, manteniéndose ahí con ayuda de sus poderes. Sus manos emanaban una luz azulada, característica de su linaje mágico. Ella sí era una hechicera por derecho de nacimiento. Aunque jamás había dicho que Gala no lo fuera. Tal vez por ello eran amigas, o tal vez porque no había una migaja de rencor u odio en sus ojos y eso era una bocanada de aire fresco para la joven de pelo oscuro y ondulado.

Sus pies descalzos tocaron con suavidad el suelo y rápidamente se abalanzó hacia ella. La abrazó con fuerza a pesar de que hacía tan solo un par de horas que no se veían.

—Cuéntame todo. —Y sin perder un instante la agarró de la mano y la llevó hasta el sofá mullido que se encontraba tras las mesas de alquimia—. Vamos, tienes cara de haber discutido con Atlas...

—No puedes discutir con él, enseguida se lleva las manos a la cabeza...

—O a las espadas. Sí, eso ya lo sabemos, ¿qué has hecho esta vez?

Gala quiso defenderse, pero Aura la conocía bien y no tenía sentido contarle una verdad a medias. Se tiró en el sofá, hundiéndose en él, completamente derrotada. La joven de pelo azul la miró con ternura y se sentó frente a ella, sobre una pequeña mesa de madera. Le dejó ordenar sus ideas y sus sentimientos, algo que Gala enterraba bastante bien. Mientras esperaba a que desembuchara, se rehízo la larga trenza maltrecha; daba igual cuánto esmero pusiera en ella, siempre acababa deshaciéndose por todos lados. La joven tenía el pelo liso y de un color azul turquesa que le contrastaba con la tez blanca y las pecas que le creaban preciosas constelaciones en la nariz y las mejillas.

Gala la miró con tristeza, a veces envidiaba la paciencia de Aura; otras, su felicidad. Tragó saliva y narró su día. No llevaba ni tres frases cuando la interrumpió.

—Así que desobedeciste otra orden directa de Atlas.

—Que yo sepa, no me había prohibido estar con Ratón...

—¡Gala! Sabes que no me refiero a eso.

Aura no perdía la sonrisa y menos con los problemas de su amiga, que eran siempre los mismos: incumplir las normas, robar algo que no debía, discutir con Atlas o todo a la vez. Le parecía increíble que, a pesar de todos los años que esos dos habían sido amigos, jamás se hubieran percatado de que no podían vivir sin el otro. Incluso peleados se reencontraban: en miradas, en gestos, en roces... Y por ello nunca se había preocupado demasiado por los enfados de uno y de otro, siempre había solución.

Sin embargo, algo que tampoco cambiaba era que su querida amiga siempre escondía el dolor. Había visto cómo cojeaba, cómo no dejaba de acariciarse el tobillo maltrecho, pero no había pedido ayuda. Y eso que Aura era la sanadora del clan. Suspiró y, como era natural en la joven de pelo azul, cogió con delicadeza el pie de Gala y lo colocó sobre sus rodillas. No necesitaba que se lo dijera, ella siempre la cuidaría. Las manos le brillaron de nuevo y, mientras le escuchaba dar mil rodeos, le curó el tobillo.

—Vale, Atlas nos pilló probando la tabla de Ratón, pero ese no fue el problema... Hubo un pequeño desliz.

—Gala...

—Ratón salió disparado, fui tras él, pero perdió el control, tuve que usar mis poderes para detenerlo en el aire antes de que chocase contra una pared y Atlas le ha prohibido volver hasta nuevo aviso.

Gala lo confesó casi sin respirar, como si decir aquello en voz alta la abrasara por dentro y, en cuanto terminó, se llevó las manos a la cabeza, tapándose los ojos llorosos.

—Tendrías que haber visto su cara, podía sentir su corazón partirse en pedazos.

La voz se le resquebrajó; su amiga no estaba segura de si por el miedo de haber estado a punto de perder al niño o por el terror de asumir que ella habría sido la responsable de su muerte. Aura la miró con ternura, consciente de que Ratón lo era todo para ella. Que siempre sería su mayor admiradora, compinche en sus mil ideas y su fiel compañera en todo tipo de aventuras. Algo que había compartido con Atlas hasta hacía muy poco.

—Respira, él está bien, ¿no? Eso es lo importante. —Gala asintió y cogió aire—. Vale, pero eso no es nada nuevo sobre el Tártaro. Ratón con sus inventos y tú escondiendo el delito. ¿Seguro que no ha pasado nada más?

La joven desvió la mirada y soltó un profundo suspiro, no tenía sentido ocultar la otra mitad de su crimen.

—Bueno... Casi me caigo de una azotea por salvarlo... ¡Pero no ha pasado nada! Estoy bien.

Si Aura no hubiera estado acostumbrada a que su amiga menospreciara su propia vida se habría llevado las manos a la cabeza y le habría gritado y regañado hasta quedarse afónica. Sin embargo, ella no era una persona que se enfadara a menudo y su amiga hacía caso omiso a las regañinas, así que se limitó a señalar el tobillo que estaba ya casi curado y dejó de sonreír, procesando todo lo que había escuchado.

—Así que Atlas ha castigado a Ratón para intentar que tú aprendas algo —señaló Aura—. No tienes remedio.

—Oh, vamos, nos habían prohibido montar un trasto más, pero la tabla ya estaba hecha...

—¡Gala! —protestó la joven de pelo azul, obligándose a no reír, aunque el brillo de los ojos la delató—. Definitivamente, eres un caso perdido.

La hechicera morena se encogió de hombros y tiró de su amiga para sentarla junto a ella. Pronto se perdieron en mil cotilleos del clan y la sensación de que casi había perdido su mundo se difuminó en la risa de Aura.



Una voz a sus espaldas interrumpió su charla; en el marco de la puerta se encontraba un hombre de poco más de treinta años. Su rostro mostraba claros signos de cansancio: ojeras bajo los ojos oscuros, con una barba dejada y el pelo ya blanco alborotado.

Aura se iluminó al verlo, provocando una mirada picarona de su compañera. Ella fingió no verlo y corrió a saludar al recién llegado. Hacía días que su amigo no salía de la fragua y ya lo echaba de menos. Gala cambió su postura liviana a una más incómoda. Su relación era... complicada.

—Estigio ha convocado una reunión, vamos.

No necesitaban oír nada más para ponerse en pie; caminaron hacia la puerta y, cuando llegaron a su altura, su brazo impidió el paso a Gala, quien se contuvo para no empezar una pelea. Ese día no contaba con el respaldo de Atlas.

—¿Qué haces?

El hombre no cedió, la miraba a los ojos, decidiendo si merecía la pena decir lo que pensaba, pero Aura le tocó el hombro y relajó la postura, claudicando.

—Estigio no te ha convocado.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre la hechicera de ojos castaños, quien tragó saliva.

—Festo... —intentó mediar Aura. Sabía que, si él quería, podía invitarla a la reunión, pero ahí residía la cuestión: no tenía ninguna intención de ayudarla.

—No. Si Atlas no la ha invitado, no seré yo quien lo haga.

Aura resopló, cansada del tira y afloja entre ellos dos. Quería a ambos con locura, pero hasta ella veía absurda aquella enemistad. Se despidió de la joven morena mientras el herrero la instaba a darse prisa. Tan estricto y serio como siempre, la fragua no había conseguido derretirle el corazón. Tampoco las sonrisas bobaliconas de la chica de pelo azulado.

Gala se mordió la lengua para no contestarle de vuelta y aceptó la derrota al observar la cara de Aura, que se encontraba siempre en medio de ambos. Masculló un «suerte» y se dio media vuelta, dejándolos marchar.

Sin embargo, ella no estaba bien. Suspiró y se tiró en el sofá de nuevo. Se sentía sola y, lo que era peor, llena de una culpa que no sabía gestionar. Se perdió en mil pensamientos, buscando una explicación a que Estigio no hubiera exigido su presencia en las últimas tres reuniones. En su mente afloró un sentimiento de inquietud y repasó todas las normas que había medio quebrantado, pero no eran más que otras veces.

Suspiró cuando sus cavilaciones la condujeron, irremediablemente, hacia Atlas. Estaba acostumbrada a que él la arrastrase a las reuniones y la obligara a escuchar las noticias que daba Estigio, pero desde que lo habían ascendido lo hacía cada vez menos.

Apoyó la cabeza en el sofá y, mirando a las vigas del techo, se quedó pensando en cómo disculparse sin pegar un puñetazo a su amigo.